

Todos los sábados

aparece la revista predilecta del
público de buen gusto

CRI-CRI
CINEMATOGRAFICO

con precioso apunte cinematográfico, li-
teratura escogida por los autores mima-
dos del público, humorismo á granel, de-
licados argumentos y sugestivo folletín.

Nadie dejará de adquirirlo

PRECIO 50 CTS.

La Novela Semanal Cinematográfica

Nº 27

25 cts.



LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración / Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XXVII

A NUESTROS LECTORES,

Desde estas líneas nos place contestar en general á las numerosas adhesiones que hemos recibido como consecuencia de la copia irrespetuosa de que ha sido objeto esta publicación, cuya originalidad, bien lo sabéis vosotros, queridos lectores, es exclusivamente nuestra.

Los testimonios de simpatía de que vamos siendo objeto desde que se puso á la venta esa copia debida al talento de un editor poco escrupuloso, nos confirman que ya pasaron aquellos tiempos en que el público se llamaba á engaño atraído por el brillo de lo que no era oro. Hoy felicitémonos, porque acabamos de convencernos de ello, el público sabe apreciar el justo valor de las cosas y él mismo nos ha protegido, con la coraza de la razón, contra el descarado ataque, con nuestras propias armas, intentado contra nosotros.

Muchas, muchísimas gracias á todos.

LA DIRECCIÓN.

El octavo, no mentir

por **MARGARITA CLARK**

Comedia cinematográfica basada en la obra de Adelaïd Mathews y Marta M. Stanley

FIRST NATIONAL CIRCUIT

EMPRESAS REUNIDAS, S. A.

Paseo de Gracia, 56 — — BARCELONA.

Se armó la revolución. La cosa estaba que ardía. Los cerebros, agitados. La locura, á tres pasos de declararse. Y eso era un encanto. ¡Caramba, qué preciosidad de muchachas! La acción tenía lugar el día de Inocentes en la Escuela-infernado de Miss Spencer entre gente «bien». Todo iba en revuelo y se preparaba, á escondidas de las severas profesoras, una suculenta merienda que ríanse ustedes de la cocina real. Mary Lucille Smith, la más joven de las pensionistas de aquel selecto colegio, era la organizadora de cuantas travesuras tenían lugar allí.

Beatriz Harlow, otra de aquellas privilegiadas colegialas era el eco de todos los chismes de su escogida sociedad. Ninguno de estos le escapaba para luego, á su manera, ampliarlo, comentarlo y extenderlo como la bola de nieve.

Las niñas siempre gustan de hacer travesuras y una habian de hacer las colegialas bulli-

ciosas. Optaron por unanimidad, por la de invitar á la clandestina fiesta á Juan Manuel, el único pollito «bien» en unas leguas á la redonda. Para acudir á la cita, el «dandy» tuvo que subir por una escalera de mano desde el jardín del pensionado hasta la habitación donde se celebraba la cuchipanda.

Antes de empezar la fiesta, Mary Lucille ató una misma cuerda á cada uno de los pomos de las puertas de las respectivas habitaciones de las profesoras, al objeto de que éstas no pudieran salir de aquellas si el ruido de la fiesta trascendiera hasta allí. La combinación de la cuerda, tendida de pomo á pomo, impediría el que se abrieran las dos puertas á la vez más de unos 10 centímetros y 20 centímetros una sola. Las colegialas se figuraban con grandes carcajadas la escenita que tendría lugar si las profesoras quisieran á un tiempo abrir la puerta de su dormitorio. Indudablemente llegarían á encolerizarse mutuamente imaginándose que porque la una también tiraba hacia sí la cuerda para abrir la puerta, que como casi todas las puertas se abría por dentro, á la otra no le sería posible abrir la suya ni de medio centímetro. No era aventurado presumir que esto se produjere porque, reconocido está que en toda discusión los dos, si son dos, naturalmente, quieren tener razón y defienden su parecer á pesar de todo y contra todo.

En la habitación destinada á la «soirée colegiala» se daban los últimos toques á los preparativos.

Juan Manuel no había llegado con las manos en el bolsillo sino convenientemente pro-

visto de acariciadoras botellas de champaña y diversos apetitosos requisitos.

El mayor anhelo de Beatriz, preferido ó casi al mismo nivel que sus deseos de "saberlo todo", era encontrar un novio para conocer qué bicho raro es el hombre y poseer uno de estos bichos. Por más que hiciera desde que conociera á Juan Manuel éste no había llegado á descubrir nada absolutamente nada; al contrario se demostraba más interesado por Mary Lucille, á quien cubría de atenciones.

Los celos en las mujeres son víboras venenosas. Beatriz sentía durante la fiesta que algo se le subía á la garganta y pensó con razón que debía ser una de dichas víboras. Y claro, no pudo hablar con Juan Manuel porque la víbora se lo impedía y Mary Lucille, que lo acaparaba, también.

Un incidente imprevisto puso precipitado fin á la reunión: ello fué que Juan Manuel al tirar fuertemente de una cinta de las muchas que pendían de una pifia colgada al centro de la habitación, para abrirla y desparramar los objetos que contenía, perdió el equilibrio, tropezó con la mesa, servida, é hizola caer produciendo ésto el consiguiente ruido.

Las profesoras se alarmaron y, con presteza, forjándose múltiples hipótesis de la causa del estrépito, asieron la empuñadura de la puerta para abrirla. Y sucedió lo que previeron las bromistas alumnas. Con lo que no contaron las colegialas fué con el temor que se apoderó de ellas al oír á sus profesoras echar al vuelo amenazas poco lisonjeras mientras hacían vanos esfuerzos para abrir sus

puertas.

Previendo que aquella encerrona había de tener fin, y que el humor de las burladas no sería á propósito para pedirles un préstamo de 25 pesetas, pongamos por caso, las asustadas muchachas desaparecieron por grupos del lugar de la comilona refugiándose en sus dormitorios.

Pero ¿y Juan Manuel? No le fué posible huir por la ventana porque el jardinero del pensionado había quitado la escalera que él colocara antes.

Mary Lucille, atolondrada, quedóse con Juan Manuel buscando una solución, para que, en caso de que las profesoras acudieran, no le encontrasen allí. No hubo más remedio que esconder á Juan Manuel detrás de un mueble y cubrirlo de los más variados objetos porque las profesoras, que habían logrado libertarse segando la cuerda, hacían oír sus pasos y sus lamentaciones.

Mary Lucille sentada y con gesto indiferente fingía leer la Novela Semanal Cinematográfica, por ejemplo, cuando, no con cara risueña precisamente, aparecieron aquellas en el lugar del suceso. La explicación con Mary Lucille fué limpia como el cristal. La cosa, aunque mal hecha, por no haber sido pedida la debida autorización, no habría alcanzado importancia mayor que unos días de arresto é incomunicación á cada una de las colegialas si Juan Manuel no hubiese estornudado en aquel momento. ¡Tableau!

—¡Oh, un hombre aquí!—exclamó en el paroxismo de la sorpresa la Directora... ¿Qué es

éste escándalo, señorita Smith?

—Es... es... pero no se alarme usted, Miss Spencer... es...

—Soy... soy el muchacho de la casa de al lado—dijo Juan Manuel, presentándose.

—Muy bien, caballere. Vuélvase usted á la casa de al lado por donde ha venido—le ordenó, enérgica, la Miss.



—Soy... soy el muchacho de la casa de al lado...

Juan Manuel queria contestar que no podía salir por la ventana sin á lo menos una cuerda por donde desprenderse, sin correr riesgo de romperse la crisma, pero se decidió á aparentar que obedecía, aferrando como pudo sus manos al borde de la ventana y descansando

sobre una estrecha cornisa.

Miss Spencer, abandonando la estancia, dijo á Mary Lucille:

—Y usted, señorita Smith, está seriamente comprometida. Ha echado usted una horrible mancha sobre su apellido. Considérese despedida.

Cuando húbose marchado la recta Directora, Juan Manuel se reunió con Mary Lucille y he aquí cómo hablaron con la mayor seriedad del mundo:

Ella: Estoy seriamente comprometida... manchada... Los dos estamos comprometidos... manchados.

El: Sí, ya lo he oído. ¡Qué contratiempo!

Ella: No es posible que vuelva á casa ¿Qué voy á hacer?

El: ¡No te desesperes! ¡Bah! Tal vez sea el Destino.

Ella: ¡Quién sabe!

El: Si soy yo el de la mancha hay que lavarla casándonos.

Ella: Bueno... Tal vez sea el Destino.

El: ¡Qué le vamos á hacer!

Ella: ¿Y cuándo empezaremos?

El: Nos fugaremos al amanecer.

Ella: Voy á hacer el equipaje.

El: Y yo el mio y preparé la huida. A propósito ¡cuál es tu apellido!

Ella: Smith.

El: ¿Smith?. Es verdad, y precisamente me suena este nombre: Bueno, convenido para el amanecer. ¡Adiós!

Ella: Ten cuidado, Juan Manuel... No sea que te ahorques antes de que estemos casados.

La Directora del pensionado comunicaba por teléfono al padre de Mary Lucille que se veía obligada á expulsar á su alocada hija rogándole, de consiguiente, que se sirviera ir en seguida á recogerla.

Al despertar el alba en un cielo sereno y puro, la colegiala y el galán se fugaron por la ventana. ¡Y pensar que todavía hay gente que cree que ha muerto lo novelesco!

Beatriz, por casual coincidencia, se asomó al exterior de su habitación y presenció la huida de los *enamorados* que en un auto alquilado por Juan Manuel se dirigieron hacia la casa del Pastor para que los casara.

Poco después, Miss Spencer contaba al padre de Mary que acababa de llegar con el tren, el infausto suceso con el desenlace de que fué testigo Beatriz Harlow, que como era de rigor ¡lo había visto todo!

Sin pérdida de momento salió el padre más encendido que un farol alumbrado en persecución de los irreflexivos *tórtolos*, á los que suponía en camino de donde, en efecto, iban.

Una «panne» del auto en que viajaban obligó á los fugitivos á apearse y darse á todos los diablos con las numerosas maletas, maletines y cajas de sombreros que llevaban como *reducido equipaje*.

La llegada de un soberbio automóvil hubiera podido ser fatal para Juan Manuel, quien, distraído y de espaldas á la carretera, no le vió echársele encima. Afortunadamente el chauffeur que lo conducía maniobró hábilmente sorteando la contingencia inminente, parándose luego. Con enfado y con muchísima razón,

Larry Mc. Donald, un joven millonario de todas prendas, propietario del coche que guiaba, dijo á Juan Manuel, que buen susto que había llevado:

—¿No tiene usted ojos?

—*Los tengo á la vista!* ¿Y usted no tiene bocina?

Larry, reparando en Mary, olvidó su disgusto y calmó sus nervios. Lo mismo hizo Juan Manuel que, por un gesto de inteligencia de la que iba á casarse con él *por la fuerza de las circunstancias*, comprendió lo útil que podría serles aquel joven, se amparó en la adulación para el logro de su plan:

—Bonito automóvil... —le dijo—¿es un seis cilindros?

—Sí, señor, es el último modelo.

—¡Caramba, caramba! Es de lo más elegante y robusto que he visto.

—¿Qué les ha sucedido á ustedes con el suyo?

—Nos ha echado, sencillamente, por que se ha cansado de andar.

—En este caso pongo á su disposición el mío ¿quieren ustedes aceptar?

—Sí. Gracias. Solamente queríamos ir á casa del Pastor más próximo... Nos han dicho que vive ahí en los Alamos.

Gratamente impresionado por la ingenuidad de la preciosa muñeca de carne que tenía á su lado, Larry condujo á la pareja hasta la morada del eclesiástico y se despidió correspondiendo á las candorosas sonrisas de Mary.

En casa del Pastor esperaba á los *novios* una sorpresa: este era un negro. Y como lo

negro, según los supersticiosos, es una señal de mal augurio, Juan Manuel y Mary pusieron pies en polvorosa, y fueron á ver al Juez del distrito, cuya vivienda distaba pocos pasos de la del Pastor.

Prevía presentación de la fe de soltería, el representante de la autoridad los casó y les entregaba el correspondiente certificado de casamiento en el mismísimo instante en que hacía irrupción en la casa del Juez el padre de la recién casada.

Mary le recibió con la mayor naturalidad del mundo, no atribuyendo importancia ninguna al hecho consumado. ¡Un matrimonio más ó menos, qué importaba á la humanidad!

El que tembló fué Juan Manuel al oír lo que dijo su suegro, también por la fuerza de las cosas:

—Conque, ¿tenemos casamiento, eh?... Pues sepa usted, caballete, que voy á anularlo, porque ella todavía no tiene la edad... Aquí tienen ustedes su certificado de casamiento... Recoja usted los pedazos y pónganlos en conserva. Y no le mando á la cárcel, para que no se sepa esta ridícula hazaña de dos tontos de capirote, pero mandaré á mi hija á Europa. Con usted, señor Juez, ya nos veremos.

Mary y su padre se marcharon y Juan Manuel quedóse plantado mirando al Juez y dijo para sí mismo que no se ofrecería jamás á quitar manchas, por no quedar de nuevo en ridículo como un perfecto idiota. Había otras soluciones para lavar manchas, por ejemplo: *el jabón que le dio á Mary su padre.*

* * *

Después de dos años por Europa, Mary Lucille volvió á los Estados Unidos con la esperanza de que el tiempo había echado un velo sobre su *horrible pasado.*

Bessie Carlton, de Nueva York, que también hacía el viaje de regreso á los Estados Unidos se había hecho amiga inseparable de Mary.

Poco antes de desembarcar en Nueva York, Mary recibió el radiograma siguiente de su padre:

"Mary Lucille Smith. A bordo vapor CARMANIA. Nueva York. Llamado urgentemente Chicago negocios imposible esperarte. Volveré hacia el 15 Hospédate Hotel Plaza.

Padre"

Bessie, enterada de la ausencia del padre de su amiga, la notificó:

—¡Mejor, Mary...! Así podrás hospedarte en mi casa hasta que tu papaito vuelva.

—Gracias, Bessie. Pero... sentiría molestarte....

En Nueva York.

Volvemos á encontrar á Beatriz Harlow, que ya no era un eco como en sus tiempos de colegiala, sino toda una agencia de informaciones.

Beatriz tomaba el té con la señora de Halsey, hermana de Larry Mc Donald, el joven millonario que no debe haber olvidado el lector, y con el Doctor Dick Van Aredale, cuya celebridad como médico era más sólida en los centros aristocráticos que en los círculos científicos.

Beatriz, que buscaba en el periódico local los comentarios diversos, leyó á sus amigos esta noticia:

“A bordo del CARMANIA que llega hoy á nuestro puerto viene cierta encantadora joven que fué la heroína de un sensacional rapto escolar hace unos dos años. Su ex-marido un conocido corredor de Bolsa, casóse ha poco con la distinguida hija de un famoso banquero”.

Fiel á su costumbre, Beatriz amplió la nueva con datos concretos:

—Se trata de Mary y de Juan Manuel—reveló—. Todo se dice menos los nombres.

—A Juan Manuel no le conocimos hasta que se casó con Leonor—dijo la señora de Halsey.

—Pues yo le conocí antes de la fuga... Fui á la escuela con Mary. Y estoy enterada de todo. Supongo que tendrán ustedes la ocasión de conocer á mi amiga.

Al día siguiente.

Mary salió á la calle con la idea de ver si las tiendas de Nueva York podían compararse con las de Paris.

Aquella tarde Larry Mc-Donald se dirigía á tomar el té á casa de su hermana. Mary experimentó una alegría inmensa al reconocer al dueño del automóvil que los llevó á Juan Manuel y á ella á la casa del Pastor, hacía dos años. Larry Mc-Donald observó—porque Mary puso todo su empeño en ello—que una mujer le había mirado con visible admiración, y parecióle que la dama valía la pena que se interesara unos instantes á ella. La siguió, y así que hubo hecho su análisis, convino en que la desconocida le gustaba extraordinariamente.

No recordó haberla visto nunca, lo cual no era de extrañar, ya que eran innumerables las mujeres que se habían cruzado en su vida y el momento en que la vió dos años atrás había sido brevísimo; además iba entonces Mary vestida de colegiala, peinada de otra manera; ahora lucía una elegante «toilette» que la transformaba completamente.

A Mary, en cambio, no le fué difícil reconocerlo, pues Larry no había cambiado y ella lo había tenido continuamente grabado en su mente al igual que todo lo que la ocurrió el día de la fuga, sombra imborrable en su vida.

Mientras Larry seguía los pasos de Mary, la señora de Halsey, hermana de aquél, á cuyo conocimiento había llegado el regreso de Bessie Carlton, la invitó por teléfono á la fiesta que daba en su casa. Bessie contestó á su amiga que le gustaría mucho aceptar si estuviera sola. La señora de Halsey la dijo que fuera con la señora que tenía en su casa, esa señora Smith que había nombrado. En estas condiciones quedó convenido que irían.

«La mujer es el demonio» dice el adagio, y dice bien. Mary lo demostró, con la idea de que Larry, por cortesía, se viera precisado á hablarla, aprisionando á la fuerza el talón de su zapato en la reja de uno de los respiraderos emplazados en la acera de una casa de modas. El ardid le salió felizmente bien á Mary, pues el joven, con suma corrección, la alcanzó, la pidió permiso para ayudarla á liberar su zapato, lo obtuvo, se agachó é hizo esfuerzos por sacar el zapato, no logrando más que arrancarlo del talón, que quedó en la

reja, sacándolo luego con mayor facilidad, haciéndolo girar. Larry se excusó por su torpeza, hizo una señal al *chauffeur* de un auto de alquiler para que fuera á recoger á la dama que conducía apoyada en su brazo porque no podía andar con un solo pie, ó lo que es lo mismo, con un solo zapato. Al momento de subir al auto, Mary repitió su agradecimiento:

—Muchas gracias, caballero... Ha sido usted muy amable, señor...

—Mc-Donald... Larry Mc-Donald, para servir á usted.

El auto partió, llevando consigo á una mujer feliz por haber perdido un talón de su zapato... que acariciaba inconscientemente en sus manos un hombre que, á pesar de que jamás de los jamases se había inclinado por nadie, se le arrojó á los pies...

De vuelta á casa de su amiga Bessie, Mary irrumpió con esta exclamación:

—¡Oh, Bessie! ¡Hoy me he tropezado con un hombre guapísimo!

—¡Déjate de hombres! Estamos convidadas á una fiesta íntima en casa de los Halsey... Es una casa preciosa... en una isla de la bahía... ¡La cosa más romántica!

—¡Ah! Muchas gracias.

—Pero, oye, Mary. Estaba tan nerviosa que hice una tontería. Te he llamado señora... señora Smith.

—Entonces, no me atrevo á ir.

—¡Y eso qué importancia puede tener!

—¡Oh, Bessie!... déjame que te lo describa: Es un hombre encantador...

—Si, mujer; estoy conforme en que es el pro-

pio Adonis, pero te ruego que me digas que vendrás conmigo á esa fiesta...

—En fin... ¡Quién sabe! Después de todo, pudiera ser que me divertiera...

Larry había llegado ya en casa de su hermana y se bañaba en la piscina del jardín, con el doctor Dick Van Aredale y otros amigos.

En la suntuosa residencia de los Halsey, famosa por la variedad y la magnificencia de sus fiestas, se hallaban reunidas varias amistades para asistir á las diversas veladas que debían celebrarse durante aquella semana. En el número de los invitados íntimos, es decir, los que se hospedaban en la casa durante las fiestas, estaban comprendidos Juan Manuel quien, á pesar de no temer al proceloso mar del matrimonio le tenía un miedo horrible á la piscina de los Halsey á la que á duras penas se arrojaba, y Leonor, su segunda esposa, que todavía no le había perdonado el ser precisamente eso: la segunda.

La señora de Halsey recibió el telegrama siguiente de Beatriz:

"Señora de Halsey.—Southport — N. Y. Lo siento mucho. No podré llegar hasta jueves noche. Preciso busquen sustituta mi papel en función fiesta.

Beatriz Harlow".

Era un inconveniente con el que no había contado.

Bessie y Mary Lucille llegaron. Bessie presentó á Mary á la señora de Halsey, y ésta lo hizo á su esposo. Seguidamente se enseñaron á Mary las habitaciones que le habían reservado, lindantes con las de Bessie.



—Y espera usted al señor Smith aquí.

—No existe tal señor Smith.

Mary estaba encantada del lujo que se veía en la regia mansión por doquier que se dirigiera la vista. La señora de Halsey había olvidado el disgustillo que tuvo al recibir el telegrama de Beatriz porque por boca de Bessie se enteraba de que Mary, conocida por señora Smith, era una bailarina maravillosa, y esperaba convencerla para que tomara parte en la fiesta de aquella noche.

Larry Mc-Donald, después de vestirse, al salir del baño, halló en un bolsillo el talón de Mary y no pudo ocultar á su hermana que le sorprendió contemplándolo, la agradable aventura que le había sucedido.

—Hermanita—díjole—me he tropezado en la calle con la más encantadora de las mujeres.

—¿Quién es, afortunado mortal?

—No se ni cómo se llama... Sólo poseo de ella este talón.

—Al menos te queda el consueño de saber de qué pie cojea.

Como que sus obligaciones eran muy numerosas, la hermana de Larry le abandonó á sus pensamientos. Larry volvió la cabeza, y algo que se le apareció le dejó perplejo. ¿Era un sueño? ¿Sus ojos, acaso iluminados por su recuerdo, veían á la mujer que habían tenido la dicha de ver aquella tarde? No, nada de quimeras: era Mary, Mary misma, quien estaba en casa de su hermana y frente á él.

De un salto por encima de una butaca, Larry se reunió con Mary, exclamando:

—¡¡Usted!! Pero ¿cómo ha sido eso?

Mary le contó cómo se hallaba allí. Larry le enseñó el talón que fué la causa de haberse

conocido.

—¿Lo guardó usted como recuerdo?...—le preguntó ella—Yo creí que ni siquiera se acordaría usted del incidente.

La señora de Halsey, que pasó por allí, extrañóse de ver á su hermano y Marv juntos conversando animadamente y lo celebró, diciendo al primero:

—Ah, Larry... Veo que conoces á la señora Smith... Continuen ustedes... Yo tengo que hacer por ahí.

De nuevo solos, Larry, decepcionado, entabló esta explicación:

—¿Pero es usted la señora Smith?

—Sí... sí, señor.

—¿Y espera usted al señor Smith aquí?

—No existe tal señor Smith...

—¿No es usted casada?

—Sí... me casé una vez...

—La palabra «señora» fué un choque para mí...

—A mí también me afectó que preguntara usted por mi marido...

—Dispense... Comprendo que debe estar usted triste... Debe haber sufrido mucho...

—Le respetaba...

—Todos debemos respetar á los muertos...

—Es natural...

—Por un momento creí estuviera usted divorciada... Y no me gusta esa clase de viudez... ¿Y á usted?

—A mí tampoco...

—En algunas cosas soy chapado á la antigua, y creo que el casamiento debe ser un compromiso para toda la vida... El divorcio es una

cobardia...

— Si, sí; tiene usted razón...

— ¿Me reservará usted el primer baile de esta noche, señora Smith?

— Con mucho gusto, señor Mc-Donald.

Se estrecharon las manos y ambos desearon volverse á ver pronto, antes de la fiesta si fuera posible.

Mary, reuniéndose con Bessie, informó á ésta:

— ¡Lo he visto,...! Lo he visto y me ha reconocido.

— ¿Quién es él?

— Larry Mc-Donald.

— ¡Qué casualidad!

— Se cree que soy viuda.

— ¿Se lo has dicho?

— No... se lo he dejado creer.

— Pero, ¿por qué?

— Odia á los que se divorcian... Dice que son unos cobardes...

— ¡Ah!

— Tienes que ayudarme á guardar el recreto, Bessie, y llamarme siempre Lucille en vez de Mary.

*
**

Llegó la noche.

Uno de los números de la fiesta, en la residencia de los Halsey, era un ballet, en el que Mary Lucille sustituía á la ausente Beatriz.

El amplio salón de espectáculos se veía concurrido por distinguida sociedad.

La señora de Halsey se presentó en la es-

cena del teatro improvisado para la fiesta y dijo á los atentos espectadores:

— Al pedir un poco de indulgencia para los modestos intérpretes, damos las gracias á la señora Kimura, que pone en escena el ballet japonés y á la notable polaca W. P. Venda que modeló las caretas usadas por la señora Smith en sus bailes de esta noche.

Leonor, la celosa segunda media-naranja de Juan Manuel, palideció al oír el nombre de Smith. Y preguntó á su esposo:

— Juan Manuel,... ¿Oíste que el nombre de la amiga de Bessie es Smith?

— ¡Dios mío! En el último censo hubo doscientos mil Smiths.

— Es que tal vez sea Mary Smith...

— Porque una vez me casé con una Smith, te figuras que cada Smith es precisamente esa Smith... ¡Vaya por Smith...

— ¿Tú no has sabido nada más de ella?

— ¡No, hijital Y probablemente ahora está casada con alguno llamado Johnson, de Tejas...

— Eso es que te ha escrito...

— Pero, mujer...

— Entonces... ¿por qué has pensado en Tejas?

— ¿Y por qué he pensado en Johnson?... Por lo mismo que hubiera podido pensar en Gutierrez, de Madrid, ó Serra, de Barcelona... Es una suposición.

La danzarina demostraba su arte sobre el tablado. Tenía la cara cubierta con una careta que cambiaba á cada baile, según el país de donde procedían dichas danzas. En el último baile, salió en escena sin careta, y la belleza de su cara irradió una admiración general.

Larry se sentía cada vez más atraído por la cautivante «viudita».

Juan Manuel, que sólo Dios sabía en qué parte del mundo suponía que estaba Mary, recibió la emoción más grande de su vida al reconocer en la *señora Smith* á la verdadera Mary Lucille Smith, su esposa *por la fuerza de las circunstancias*, aunque por poco tiempo ¡y tan poco!

Al objeto de disimular su desconcierto á su esposa, que de enterarse de que esta Mary era aquella Mary que fué la primera no habría habido más remedio que desaparecer inmediatamente de allí, se levantó de su silla y poniendo sus manos sobre el vientre, quejóse con aire compungido á Leonor:

—¡Ay...! ¡Las ostras! Ya te dije que me harían daño.

Lo que hizo, por supuesto está, fué ir á ver á Mary, á quien, alarmadísimo preguntó:

—Mary... ¿qué haces aquí?

—¡No me llames Mary, desgraciado! Aquí nadie sabe...

—¿Qué estuvimos casados?...

¡Ah, respiro! Entonces, ¿sigue guardando el secreto... También á mí me conviene para mi tranquilidad conyugal.

—Y tú, júrame que harás como si me acabaras de ver por la primera vez en tu vida.

Larry, que no pudo resistir al deseo de felicitar á Mary por su éxito artístico, interrumpió á los dos *ex-esposos*:

Veo que ya se conocían ustedes.

—No... si... Nos conocíamos... por la primera vez—contestó, algo azorada, Mary.—Conozco

á poca gente en Nueva York. Estuve en Inglaterra para olvidar...

—Lo comprendo... Después de la pérdida...—asintió Larry.

—¿A quién perdió usted?—inquirió, extrañado, Juan Manuel.

—A mi marido. Como es natural, usted no sabía que mi marido murió.

¡Atíza! Juan Manuel, al oír que él se había muerto plantó á Mary y Larry con el pretexto de que *buscaba á su mujer*.

—Ese Juan Manuel no tiene mucho tacto...—dijo Larry á Mary.—Pero es un chico honrado.

—¿Le gusta á usted la gente honrada?

—Odio á los que no lo son... A los que mienten...

Mary se sintió culpable y menos mal que la conversación no duró mucho rato.

Y así, llegó el martes.

Larry, sólo Larry ocupaba el pensamiento de Mary. Otro nuevo día de fiesta á su lado la hacía la más dichosa de las mujeres.

Como de costumbre, para entrar en materia, Larry y Mary hablaban de cosas secundarias. Así, por ejemplo, aquel día se ocupaban de Juan Manuel. Ella habló la primera:

—¿Qué clase de chica es la esposa de Juan Manuel?

—¡Oh... es todavía una infeliz... La única que podía casarse con Juan Manuel. Pero creo que él es feliz. Cualquiera hombre es feliz con la mujer que le conviene.

De repente, como una bomba, Larry notificó á Mary:

—Acaba de llegar Beatriz Harlow.

¡Jesús! ¡Ella! ¡La única que lo sabía todo! ¡La que podía descubrir el pastel! ¡No! ¡Cal! ¡No! Lo mejor era huir, desaparecer de la vista de Beatriz por el momento y luego reflexionar sobre lo que debía hacer.

Cuando se volvió Larry para hablarla, Mary se disponía á retirarse á sus habitaciones, y fingió encontrarse mal...

Mientras se llamaba al *célebre* doctor Van Aredale, Mary enteraba á Bessie su amiga, del acontecimiento inesperado:

—Estoy loca, Bessie. Beatriz Harlow está aquí y es la única que conoce mi secreto. ¡Lo que gozaría si me encontrara en un lio como éste! Y no quisiera que Larry se enterara... Odia á los que se divorcian... ¡Y desprecia á los que mienten!

—¿Qué te ha dado ese Larry, Mary?

—¿Pero no lo comprendes? ¡Estoy loca por él...! Y no podría pensar en abandonarlo precisamente ahora cuando empieza á interesarse por mí.

El *sabio* médico visitó á la *enferma* y opinó que se trataba de varias *tonterías* que no tendrían importancia con un poco de cuidado, pudiera ser un brote de bronquitis, y se decidió por las cataplasmas de mostaza. Como Mary no era partidaria de lo picante pidió una vejiga de hielo.

Con su cantinela "*Estoy buscando á mi esposa*" que servía para despistar á la propia cuando no obraba precisamente bien, entró Juan Manuel á ver á Mary, que estaba con Bessie solamente. Le preguntó que qué habían de hacer. Mary con la ayuda de Bessie lo con-

vencieron á que la acompañara á media noche con la canoa hasta la costa en la cual tomaría el tren que iba á Nueva York. Para asegurarse de la hora de salida del citado tren, Juan Manuel fué enviado por Mary á buscar una guía de ferrocarriles.

Larry, por medio de una carta atenta y con destellos de amor, pidió permiso á Mary para llegar hasta su puerta para darle las buenas noches. Y Mary dijo á Bessie, con pavor:

—Si viene aquí y lo ve Beatriz, no quiero pensar la que se va á armar.

Larry en aquel mismo instante se tropezaba con Beatriz, la cual alimentaba por él un sentimiento que sobrepasaba el de la simple simpatía.

Enterada de la indisposición de la señora Smith, á la que no había sido aún presentada, y suponiendo que Larry se dirigía á enterarse de su estado, Beatriz le detuvo y le habló de esta manera, procurando hacérsele agradable:

—Larry,... se ve claramente que la enfermedad de la señora Smith le ha afectado á usted mucho.

—Como á los demás, Beatriz.

—¿Qué color más bonito tiene esa bebida que le lleva usted á ella!

—No... si... no es para ella.

—¡Ah...! Entonces, será para mí.

Beatriz apuró la copita de licor que Larry, en efecto, llevaba á Mary, y á pesar de que ello le molestaba mucho, no pudo por consideración á una dama, separarse de Beatriz y acudir, como era su deseo, á la puerta de la habitación de Mary.

Leonor, la esposa de Juan Manuel, se personó en el aposento de Mary, que estaba con Bessie, para ofrecérsele por si la necesitara. Leonor se sentó frente á la «chaise-longue» sobre la que descansaba Mary, y la dijo:

—Estaba pensando si nos conocíamos de antes... ¿Se llama usted Mary?

—Me llamo Lucille.

—Es que yo... ¿sabe usted?... Bueno... en mi vida existe una mujer...

—¡Es horroroso! En la vida de cada mujer hay siempre alguna otra mujer.

Leonor estaba pensando en que no era ella la *primera* sino la *segunda* esposa de Juan Manuel, y en que le parecía verla siempre que tenía delante una mujer.

Juan Manuel volvió con la guía de ferrocarriles pedida. No se olvidó de su exclamación: «Buscaba á mi señora» y ella le evitó un compromiso muy serio con la señora que buscaba y que encontraba por *feliz coincidencia* en la habitación de Mary.

Juan Manuel pudo sin embargo, tirar al suelo de la habitación, antes de salir de ella con su cara mitad, la guía de ferrocarriles que Mary y Bessie consultaron. El tren salía á la una y veinte. Era necesario hacer los preparativos y resolver en concreto. Mary rogó á su amiga:

—Bessie... es preciso que vea á Larry, aunque no sea más que para preparar el terreno de futuras explicaciones...

—Voy en seguida.

Bessie salió en busca de Larry. Juan Manuel se coló de nuevo en la habitación, poniéndole

por delante la prudente frase: «Buscaba á mi señora». Pero poco tiempo tuvo para hablar del proyectado regreso de Mary á Nueva York porque llamaron á la puerta.

Juan Manuel, temblando á la idea de que fuese su mujer, á la que no había medio de convencer, pidió á Mary que lo escondiera. Esta le hizo ocultarse detrás de un cortinaje frente á una ventana. Desde allí podía presen-



...No se olvidó de su exclamación: «Buscaba á mi señora», y ella le evitó...

ciar lo que ocurriera en la habitación, sin temor á ser descubierto.

El que llamaba á la puerta era Larry, á quien Mary, fingiendo siempre,—que el fingir es una ciencia en la mujer—hizo la siguiente observación:

—¿Dónde está Bessie? No está bien que entre usted aquí solo. Supóngase que alguien viera...

—No hay miedo. Sé donde están todos. Lucille... era preciso que la viera para hablarla... para decirla... que... que la quiero. No intente usted echarme; no me iré de aquí hasta que no me haya prometido usted casarse conmigo. ¿Quiere usted?

—No... Si... Si se marcha usted en seguida... Venga á verme al Hotel Plaza la semana que viene.

Llamaron de nuevo á la puerta. Mary y Larry se sorprendieron. Era preciso que nadie los viera solos. ¡Qué se creería la gente! Mary escondió á Larry detrás del cortinaje de otra ventana y, habiéndole parecido haber oído la voz de Beatriz, tembló de pies á cabeza y, para evitar que su misma agitación la descubriese, se escondió también detrás del lado opuesto del cortinaje donde, dándose á los demonios, estaba Juan Manuel.

Bessie, seguida de Beatriz, entraron en la habitación. La primera extrañóse de la ausencia y para salir del paso con Beatriz hizo creer á ésta que la señorita Smith estaba durmiendo en su cama. Como quiera que se hallaban en el salón de recibo, Beatriz no consideró molesto entablar una conversación con Bessie, quien, amiga de la señora Smith, podría enterarla de cuanto supiera de ella. Y sin rodeos preguntóla:

—¿Quién es esa misteriosa señora Smith...? ¿Ha habido algo entre ella y Juan Manuel?

Bessie que había visto á los que estaban de-

trás de los cortinajes trató de desviar el tema de la conversación. Se lo impidió la llegada de Leonor pues aparecer ésta y darle algo á Bessie todo fué uno. ¡La que se armaría si se descubriera toda la verdad!

Pero el ligero desmayo fué breve. Repuesta, Leonor preguntó á Beatriz:

—¿Qué le has hecho á Larry Mc-Donald? No parece muy contento esta noche.

Bessie volvió á temblar y lo mismo hacía Mary. Juan Manuel, por una parte pedía á su Patrón que su esposa tuviera la gran idea de marcharse de allí.

Beatriz contestó:

—Tal vez esté un poco impaciente... pero me he propuesto anunciar nuestro compromiso solamente cuando me parezca oportuno.

—¿Están prometidos usted y Larry?—dijo Bessie, desorientada.

—Francamente —prosiguió Beatriz — puedo estar satisfecha, porque Larry hace el amor á todas las mujeres pero siempre vuelve á mí.

Esta vez Larry también se daba á los demonios porque era falso cuanto decía Beatriz y lo estaba oyendo Mary. Todavía duró un rato más la pesadilla. Por fin salieron de la habitación Bessie con Leonor y la temible Beatriz.

Mary impidió á Juan Manuel que abandonase su escondite para que Larry lo hiciera primero. Este último, celoso, se encaró con Mary;

—¿Qué tiene usted que ver con Juan Manuel?

—Hace poco que lo había visto por primera vez. Ya sé que hace usted el amor á todas las mujeres... pero me extraña que me lo haga us-

ted á mí en las mismas narices de su prometida Beatriz Harlow.

—Eso no es cierto, Lucille... ¿No me cree usted? Pues yo la creería en iguales circunstancias: Amar es creer.

Encauzada en tal forma la explicación iba á ser el lazo de unión necesario á la felicidad de Mary y Larry, pero un intempestivo estornudo de Juan Manuel reveló su presencia *inexplica-*



...un intempestivo estornudo de Juan Manuel...

ble en la habitación de Mary.

Larry que se imaginó de lo malo lo peor salió hecho una furia de aquel lugar donde en vez de jugarle una broma, como le había dicho Juan Manuel excusándosele, había sido burlado descaradamente.

Disgustadísima, Mary volvió á tratar de perfecto idiota á Juan Manuel. Era todavía un elogio.

Por la noche, Mary quiso explicarle á Larry la verdad para acabar la comedia jugando la cual podía perder al hombre que amaba. Además, estaba convencida de que amándola, él la perdonaría la travesura cometida en el pen-



...no podía permitirle que saliera con el negretefe de Juan Manuel...

sipnado que tuvo por consecuencia un matrimonio anulado.

Para no ver más á Mary, Larry se decidió á partir por el mismo tren que Mary había escogido.

Y he aquí que por la noche, enterado Larry por un criado que Juan Manuel había pedido

la lancha para conducir á la señora Smith hasta la costa, cual lancha también él, Larry, necesitaba, y vió á estos en el preciso instante en que iban á franquear la puerta de la casa, dijo á Mary que no podía permitirle que saliera con el mequetrefe de Juan Manuel, que tenía otros deberes que cumplir. Este no pedía otra cosa que quedarse pues hacía una noche terrible y caía una lluvia torrencial. Un momento que vaciló entre cobrar energías y salir á la calle para decirle cuatro palabras bien dichas á Larry, su esposa, Leonor, lo aprisionó en sus brazos de mujer amante. Ella, que había dado crédito á las poderosas razones que le había pintado habilmente su esposo para ir con la lancha hasta la costa y volver, supuso, pues se durmió sobre una silla esperándole, que ya estaba de vuelta.

Larry alcanzó á Mary y, tras breves palabras de mutuas excusas bajo un chaparrón descomunal se inició una explicación que lo arregló todo.

Los dos eran libres y se amaban.

¿A cuando la boda?

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

PRÓXIMO NÚMERO: CLEO LA FRANCESITA

por la insuperable MAE MURRAY, su mayor creación.

Novela de delicado asunto y alto sentimiento.

POSTAL-FOTOGRAFÍA: CHARLES RAY

Sale todos los miércoles

PRECIO 25 CTS.